

Las horas de mi madre

Las horas de mi madre (1ª. edición)

D. R. © Julio Santizo Coronado

Por Ediciones del Jazmín, Guatemala,
Centroamérica

La primera edición de este libro se distribuye
de manera gratuita mediante WordPress.

La edición de este libro fue efectuada por
Ediciones del Jazmín, Guatemala. La
corrección de estilo y de pruebas estuvo a cargo
de Arpro, Guatemala.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

.....

Pon mis lágrimas, sí, en tu odre.
¿No están en tu libro?

Salmo 56:8b
(Traducción del Nuevo Mundo)

.....

Esas horas de mi madre que me arrullan el
recuerdo. Esas horas en las que aunque estuve
lejos jamás estuve tan cerca. He rescatado lo que
podía y debía rescatar de estas palabras escritas
con silencios en esos días de incertidumbre, en
esos días que terminaron y que se extendieron
durante horas y horas que parecían eternas por
felices y dolorosas: las horas de mi madre.

.....

Una salida en medio de las nubes

Seis y quince minutos de la mañana. He dado
respuesta a varias cartas por correo electrónico
en la madrugada. Me levanté de la cama a las tres
y cuarto. Revisé las palabras de un libro que
quizás vea la luz sobre el papel algún día. Leí a
Carlos Fuentes, leí acerca de Carlos Fuentes...
preparé café.

Volví a leer a Carlos Fuentes. Me sentí
comprendido, me sentí embriagado. Seis y
quince minutos de la mañana. Salí al balcón y
oré. No pedí lo que no sé, ni le conté al Creador
lo que ni siquiera conozco de mí mismo, tal

como Carlos Fuentes me ha recordado sin saberlo. Aunque, si lo pienso bien, tal vez sí lo supo cuando escribió *Federico en su balcón*.¹

Estaba yo en mi propio balcón. Vi entonces hacia la izquierda. Hace años, cuando era un jovencuelo, veía en medio de ese cielo nublado la visión más feliz cuando el firmamento estaba encapotado. Cuando buscaba la salida en medio de las nubes.

Eran las seis y quince minutos de la mañana y había un hueco en medio de las nubes a mi izquierda, hacia el sur. Era, lo supe, la salida que buscaba.

Ciudad de Guatemala, 10 de febrero de 2013 (balcón de casa)

Escrito con amor para Noya

Escribo para Noya con amor y todo el cariño que mi corazón rezuma, porque ella me persigue con su mirada penetrante. Ella ha ido creciendo y, diríase, madurando conmigo. Ella no se compara con nada ni con nadie que yo jamás hubiese conocido.

Escribo para Noya cada mañana, cuando recuerdo su rostro siempre grave, sus caprichos y sus silencios contradictoriamente rebosantes de ruido. Porque de mañana, al abrir los ojos, pienso inmediatamente en ella y no me la puedo sacar de la cabeza. Escribo para ella con el alba, porque estoy totalmente seguro de que la encontraré cerca o lejos de casa (si me atrevo a poner un pie fuera).

Escribo para Noya, porque ella suele almorzar conmigo; bebe café con leche y alborota mis cabellos con sus ásperas manos, tal como lo hace con mis ideas, cuando charlamos nerviosamente de tarde en tarde.

Y al llegar la oscuridad de la noche, escribo una nota para Noya, con la cual le digo que no es necesario en absoluto que me obsequie con

tantas palabras expresadas con tanto vigor (¡porque no estoy sordo!) y que desde su constante presencia en mi vida brotan.

Quisiera dedicarles a todos ustedes, que me leen, estas palabras; pero no puedo, estas palabras son solamente paranoia.

Ciudad de Guatemala, 8 de febrero de 2013 (cafetería de librería Sophos)

Duermevela

Una mujer sube al autobús: «Debes agradecer que todavía son vendedores. No me ignores, no me hagas de menos...». Meto la mano dentro del bolsillo. Tengo teléfono móvil nuevamente. Lo llevo en la chumpa de mezclilla. Cosas del trabajo, ¡ni modo!

Entro en el bello edificio. Isabel me recibe con una sonrisa. Eduardo me pide esperar un momento. Se aleja junto con Javier por el pasillo. Así debería trabajar todo el mundo —pienso—; en pulcros lugares como este. Leo un periódico de días atrás (los periodistas todavía creen que *accionar* y *actuar* significan lo mismo).

Ernesto Cardenal... Pienso en Managua, en mi esposa, en mi suegra. En mi suegra. En el silencio de mi suegra.

Todo cambia en un instante. Eduardo entra, amable; está muy ocupado. A pesar de ello, me recibe. Le entrego un poemario que él creía no se podía hallar más en esta gris ciudad.

Hago preguntas, pero la poesía se siente, ¡y nada más! Pero yo quiero saber si ese café es real o una metáfora; si los amigos de los que habla estaban allí, si continúan allí... en ese sitio metafóricamente real. Quiero saber si el gato, «el muy cabrón [que] / de un salto atrapa la tarde y se la lleva / sin piedad / a la avenida»², es una imagen, más que un símbolo (que lo es), o si estuvo alguna vez delante de los ojos de Eduardo (o solo en sus ojos interiores); si se

¹ Obra póstuma del escritor mexicano Carlos Fuentes (1928-2012; Alfaguara, 2012)

² Alusión a los últimos versos de «Barro», en *El ojo en la vela*, del poeta, periodista y editor guatemalteco Eduardo Villalobos (1974)

transformó en ese absurdo que desvía la atención de los poetas y hace que una palabra se pierda para siempre. ¡Lo dicho! Seguiré saboreando la imagen; la poesía... ¡para qué entenderla! (eso dice un amigo).

Salgo del edificio. Subo en otro autobús: «Mi compadre y yo acabamos de salir de la cárcel; ayúdenos con cinco centavos» (uno de ellos está delante de mí, tengo al otro de pie a mi lado). Cinco cuadras más adelante, o más (se hacen eternas), bajan. Sube un ciego entonces. Pide limosna. Nadie le da un solo centavo.

Dicen que el mundo necesita más poetas. Acaricio el libro que Eduardo ha firmado. Es azul como el cielo (y esto es más que una metáfora). Pienso de nuevo en el gato. Vuelvo a leer los versos subrayados. Se quemarán mis pensamientos en los pliegos, en las noches, en una vida que parece duermevela.

Ciudad de Guatemala, 25 de febrero de 2013 (Editorial Santillana y algún lugar del Centro Histórico)

De estantes, anaqueles y libros

Una hoja se ha perdido en medio de unas manos. Veinte años se escurrieron entre los dedos de los días de la juventud: reíamos, nos alborozábamos. Éramos —somos— unos dementes prematuros, adultos todavía niños.

Unos libros han descendido desde entonces hasta el cuenco de las manos. Palabras de la juventud: escribíamos sin saber por qué ni para qué. Somos —éramos— unos niños prematuros, adultos todavía dementes.

Un libro desapareció del estante y me encuentro aquí, sentado en medio del silencio de unas manos blancas. Somos, éramos —¿éramos, somos?, no lo sé— unos adultos prematuros, dementes todavía niños.

Ciudad de Guatemala, 5 de marzo de 2013 (restaurante Fu Lu Sho)

Palabra de niña

El cielo falso se eleva entre cuatro paredes en la mañana gris de principios de marzo. ¿Acabará el invierno?

Las voces de las niñas se libran de sus ataduras y arrojan las cadenas de la infancia. Se escucha un «¡buenos días!» dicho al unísono, que entibia el aula y aleja las nubes.

Una de ellas se adelanta, espontánea; me abraza y la recibo con agradecimiento. Un jazmín rompe la triple cerradura de mi corazón.

Abren y cierran los diccionarios; se escuchan palabras: *tedio, incinero, amalgamar*... Se levanta una niña del suelo y alza el vuelo: recita para su madre, pero el corazón la traiciona. ¡Aplausos!

Más palabras. Palabras de niña. Mis lágrimas ruedan. Dicen que mi poesía es triste. Sí, lo es... lo era hace veinte años. Hoy tiene atisbos de felicidad, como la de este día.

Vuelvo y le entrego un libro a la niña con nombre de jazmín. Sus ojos se iluminan. «Aprovecha ese don», le digo. Entonces me abraza. Iris estaría muy contenta, pienso, y se adelanta varios días la primavera.

Ciudad de Guatemala, 7 de marzo de 2013 (Café León, Centro Histórico)

Los demás

Somos egocéntricos desde la infancia. Cuando somos niños, no pensamos más que en satisfacer nuestras necesidades. Con el tiempo, si somos enseñables, aprendemos a poner en primer lugar a los demás.

Al nacer, berreamos incansablemente cuando deseamos comer. Lo hacemos por causa de ese dolor que no entendemos; para que nuestra madre nos cargue y acaricie; para que retiren de nuestro pañal esa molestia que parece no perturbar a los demás.

Un bebé es una página, no totalmente en blanco, sino cubierta de líneas celestes sobre las cuales

alguien empezará a escribir, a anotar. Más tarde, él comenzará a *leer a su manera*, no a la de los demás.

Durante la niñez disfrutamos del día cuando el juguete deseado se convierte en realidad. Pensamos en la comida sabrosa que prepara mamá. Y la voz que acompaña a nuestra conciencia nos dice con más insistencia que no somos parte de los demás, pues los demás son *los otros*.

Cuando somos adolescentes, los cielos se nublan y se cubren de un gris parecido al de los atardeceres del inicio de la primavera tropical, con sus impredecibles lluvias. Nos encerramos en esa habitación que se extiende desde nuestra mente hasta las paredes. Y, sin embargo, empezamos a sufrir la incomprensible contradicción que nos hace desear sentirnos parte de los demás.

Entonces crecemos, y los demás, los otros, se convierten paulatinamente en nosotros, los de este lado de los demás.

En algún lugar en 2013

El hombre inculto

Soy un hombre inculto. Lo sé, estoy seguro. Soy inculto como aquellos incapaces de indignarse ante la injusticia y manifestarlo con improperios.

Soy inculto. Lo sé, estoy más que seguro. Soy inculto a la manera de quienes no comentan con pensamiento ágil ni palabras atronadoras una noticia *seria* o un libro *profundo*.

Soy inculto porque mantengo la vista en un punto en el horizonte. Y lo que veo en él me mantiene a flote, pero a los hombres cultos no les interesa.

Mi incultura confunde a algunos, porque doy la impresión de saber muchas cosas, cuando en realidad conozco muy pocas.

Para quienes son cultos no soy interesante, porque pienso constantemente en la desaparición de lo que ellos estiman como imperecedero, como lo más importante.

Bueno es para mí ser inculto, porque de esa manera puedo ver las cosas necias que los hombres cultos no ven.

Tengo un inculto pasado, más terrible que el de los hombres cultos (para ellos intolerable). Porque entre los incultos el vicio es flaqueza, pero entre los cultos es signo de fortaleza.

Ya no voy a maldecir nada ni a nadie. Guardaré silencio, el que nace de la tristeza, hasta que se me haga justicia y salga de mi habitación de nueva cuenta, aunque siga siendo un hombre inculto.

Ciudad de Guatemala, 19 de abril de 2013 (en casa)

Mañana de mercado

«O si no así, ¡mirá, vos!», repetía el *isbto*³ sin cesar, incansable, mientras el juguete era maltratado por las manos de todos.

Una mujer delante de ellos comía con la boca abierta, y un puñado de sal se convertía en hilerita de hormigas blancas en la tortilla que pasaba por su gástrico. Una taza de café les ayudaba a las hormigas a descender por su garganta.

Llegó una vieja conocida. Estaba tranquila, a diferencia de la que apuraba el café y las tortillas con sal. Llevaba algo en la bolsa. Había tardado bastante. La esperaban con impaciencia. Las dejaron a solas y charlaron mientras la dueña del comedor salía a llamar por teléfono.

Las moscas descansaban aletargadas. Las primeras lluvias las habían alejado junto con el insoportable calor de la primavera. La gente estaba tranquila en sus casas, y las sirenas no se oían ese sábado.

³ Guatemaltequismo que significa, especialmente en sentido peyorativo, 'niñito', 'pequeñuelo'.

Los niños abandonaron el juguete sobre la mesa. Un patojo⁴ avisgado se acercó y lo cogió. Huyó por un pasillo, mientras dos muchachos gritaban «¡agárrenlo, agárrenlo!».

La mujer se quedó sola. Sorbe un plato de sopa. Sonríe y está menos tensa. La bolsa está vacía. Nadie vio nada, nadie oyó nada, nadie supo nada. Otra persona caminaba ahora hacia el Cerrito del Carmen.

Decidí levantarme de la mesa. La taza de café dulce, aguado y tibio se había agotado. Había que subir en la camioneta⁵ que me llevaría de vuelta. Creí estar libre de sobresalto, pero uno nunca sabe quién puede subir al bus.

Ciudad de Guatemala, 20 de abril de 2013 (en un comedor del mercado Colón)

Sordera de primavera

La sordera del aletargamiento, el dolor que con cada aspiración endurece el pecho con las primeras lluvias. Sin más ayuda que una sonrisa para el intolerante, se deja llevar por el fresco viento boreal del atardecer.

La calma se fractura con un golpe de silbato. Los perros ven hacia el ocaso y buscan el aroma de un gato. Duermo con los ojos abiertos y miro hacia adentro sobre mi vieja silla. Las mutaciones de la escritura no se concretan en nada más que palabras que a nadie le interesan, porque no son los groseros acompañantes de las ofuscadas gesticulaciones de nuestros días que se abisman.

Una mañana no lejana llorarán con la inutilidad de lamento, estrépito y gritería de las columnas de los inconformes que cambiaron la paciencia por el bastón de un ciego. Esta sordera no me deja escuchar a los que gritan y maldicen. Se hace más evidente esa que llaman mi vesania, que quisiera se acentuara más, para que la vergüenza creciera. Seguiré esperando.

Ciudad de Guatemala, 2 de mayo de 2013 (en casa y con la puesta del sol)

Alucinaciones

Se han volcado hacia este lado —de nuevo— las grupas de las yeguas, bultos humeantes, sonidos distantes, flores palpitantes.

Se han vaciado lentamente los vasos rotos. La esquina de los vagos está libre de pulgas. Los piojos se han ido y vuelven de este lado las alucinaciones.

Ciudad de Guatemala, 15 de mayo de 2013 (Centro Histórico)

La lluvia

Mi viejo perro está cansado. Mi viejo perro está muriendo de tanto vivir. Mi viejo perro tiene el lomo dolorido. Mi viejo perro sabe que también estoy cansado. Mi viejo perro no apoya hoy su lomo contra mi espalda. Mi viejo perro está debajo de la cama e ignora que ha llovido.

Se antoja la tarde para sentarse en la cafetería donde ella recibió aquel ejemplar de *Rayuela*. Esta tarde se antoja para ver pasar a las gentes y pensar en lo que piensan, para saber de dónde vienen, a dónde van, imaginar sus nombres y sus profesiones. Se me antoja eso esta tarde.

Se me antoja beber chocolate en aquel balcón donde ella guardaba silencio con un libro entre las manos mientras yo leía inútiles discursos sobre análisis literario. Se antoja, de verdad se me antoja.

Pero más se me antoja que mi perro salga de debajo de la cama y se siente otra vez en las gradas de la puerta mientras yo, simplemente, observo el atardecer. Que esté allí, en silencio, junto a mí, mientras bebo café con chocolate y espero que caiga el sol.

Quizás vuelva a llover.

Ciudad de Guatemala, 20 de mayo de 2013 (en mi habitación)

⁴ Guatemaltequismo para ‘muchacho’.

⁵ Guatemaltequismo para ‘autobús’.

Ese sol que me fustiga

La estridencia enmudece delante de los gritos que resuenan en mi cabeza. Unas cartas se esconden en un morral ejecutor. No entiendo nada de eso, nada de lo que este siglo trae.

La lectura fue postergada. Una sima profunda se interpuso. Veo la sonrisa de Paolo⁶ y pienso en sus palabras, en los ápices de gozo y de nostalgia que se dibujan cuando jugamos y nos zambullimos en el teclado.

No recibo noticias de Iris⁷ desde hace mucho tiempo. Nadie llama en su nombre, nadie escribe en su nombre. «Pas de nouvelles, bonnes nouvelles». Un prólogo se transforma en epitafio. El reloj marca aún nuestras ajenas existencias.

Me acostumbro a la estridencia. No hay libros para mí. No hay letras, no hay palabras. Solo el estrépito del sol que se azota contra el pavimento allá afuera; y yo a solas en esta gruta de canciones.

Los poemas de Paolo me miran con un dejo de reclamo. Las hojas de papel tratan de salir del morral ejecutor. El sol sigue fustigando al pavimento, la penumbra me obliga a escribir con la ayuda de Louis Braille. No hay trabajo. Soy impertinente, inoportuno.

Quisiera caminar bajo la luz de esa luna con pretensiones de estrella y anotar los nombres de todos los restaurantes, bares, cafés, farmacias, cafeterías. ¡No, ya lo hizo antes un escritor! Porque no hay nada nuevo bajo el sol, bajo ese sol que nos azota y que se parece a una luna petulante.

Ciudad de Guatemala, 16 de mayo de 2013 (en algún lugar del Centro Histórico)

Ilusiones

Escribo con tinta roja por encima de una ilusión que se desmorona. Escribo con ilusión sobre un

⁶ Alusión al poeta, editor y músico guatemalteco Paolo Guinea Ovalle (1975)

asiento que cómodamente me incomoda, mientras un sonsonete se diluye en el café aguado.

El café caliente atonta las papilas y la calma de la mañana se atora entre los pies de los que con prisa van al trabajo. No vivo más para trabajar. Mi trabajo es vivir. Quizás el último trabajo que tenga, el de la infancia.

Mi madre me busca entre las palabras; me halla al otro lado de un teléfono sin hilos. Vuelvo a ser niño. Le hablo para tranquilizarla y veo esa taza de café sin taza. Ese vaso de ilusión que se vacía de a poco en el vapor de la primavera y en los sorbos de un amanecer de viernes que me bebe del puro dolor de espalda y con otro dolor en las espaldas.

A dos cuadras está el Palacio; a cientos de días, la infancia.

Ciudad de Guatemala, 31 de mayo de 2013 (Burger King, Paseo de la Sexta y 10ª. calle)

Las despedidas

La primera vez que dije adiós alguien cortó el cordón umbilical que he estado tejiendo sin cesar, con tal de no desprenderme jamás de la tibia seguridad que las frazadas que me cobijan no me pueden dar.

Dije adiós a la infancia, a las historias que mi mente urdía sobre la bicicleta azul que un día, como todo lo demás, desapareció. Y jamás volví a ser un niño genial, y poco a poco me fui transformando en un torpe adulto sin imaginación.

Les dije adiós a los amigos, quizás porque nunca lo fuimos; quizás porque nunca lo fui. Les dije adiós a los compañeros, y cada uno siguió su propio camino. Nadie se detiene a esperarnos.

Algunos soñaron con alcanzar la cima. Otros vivieron una mentira. Aquellos gozaron sus pequeños triunfos y jamás volvieron. Me

⁷ Alusión a Iris Van de Castele, poetisa belga (1931-2015)

bastaría descansar a la sombra de un árbol y ver el día y la noche desde un profundo valle.

Sin embargo, en algunas ocasiones, una palabra gentil puede hacer que me incline sobre el alféizar de una ventana. Entonces, me quedo a charlar hasta que la noche se ilumina; me despido y vuelvo por mi camino, sonriente, disfrutando del aire frío de la mañana y del silencio de las calles del alba.

Ciudad de Guatemala, 12 de junio de 2013 (en casa, mientras mi madre dormita)

40 mil millones de libros

Cierto día, todos escribieron un libro. Uno por cabeza. Uno nada más. En el mundo no había niños. Nadie moría. Todos eran jóvenes. Veinte mil millones de personas escribieron cada una un libro. Solamente uno. Uno nada más. La tirada de cada título fue de veinte mil millones.

Entonces, cada persona les dio a todas las demás un ejemplar de su propio libro y cada una, a su vez, guardó un ejemplar del propio en sus bibliotecas. Todos hicieron lo mismo. Al cabo de unos días, cada ser humano en el planeta tenía una biblioteca de 20 mil millones de libros (las familias numerosas tuvieron que ampliar sus hogares).

Llegado ese punto, todos emprendieron la misma tarea, justo el mismo día del año: leer un libro por semana.

Todos colaboraban construyendo casas (los edificios altos no existían, las ciudades y el hacinamiento no eran más). Espigaban en los trigales y por las tardes horneaban pan. Al final del día, cada persona leía la séptima parte del libro que había decidido leer esa semana. Al cabo de 20 mil millones de semanas, todos habían leído 20 mil millones de libros, excepto uno: el que cada cual había escrito.

Así, luego de poco más de casi 385 millones de años, todos terminaron de leer los libros de los demás. Para entonces, todos se conocían bastante bien, se diría que casi a la perfección.

La raza humana, con su variopinta diversidad, era una gran familia.

Entonces, se pusieron de acuerdo nuevamente y todos y cada uno empezaron a escribir un libro, uno nuevo, hasta que las 20 mil millones de personas que vivían en la Tierra escribieron un libro. Solamente uno. Uno nada más. Uno por persona. Y la tirada de cada título fue de 20 mil millones de ejemplares. Nuevamente, los distribuyeron a razón de un libro por cabeza.

Y mientras seguían ocupándose de sus asuntos, cada cual emprendió la tarea de leer un libro por semana. Uno nada más. Hasta que se completó el nuevo ciclo de 20 mil millones de semanas y de 20 mil millones de libros leídos por persona.

Para entonces, los casi 385 millones de años adicionales habían transcurrido como un suspiro. La Tierra era un jardín sin feos y grises edificios. Todo estaba cubierto de pasto y de flores, sembradíos, trigales y manzanos, bosques aquí y allá, con millones de animales que vagaban libremente, y en el planeta había 40 mil millones de libros más.

Ciudad de Guatemala, 26 de junio de 2013 (en casa, después de mucho café)

La incomprensión

Ella se sentaba a callar, y callaba tan bien que yo no podía dejar de guardar silencio. Y el silencio se escuchaba a sí mismo y nos decía que era hora de seguir callando.

«A veces me parece —decía ella— que nosotros sentimos más que los demás». Era un grito de incomprensión ahogado entre las cuatro paredes de su boca. Ella quiso saber si había algo más allá del silencio. Pero las caricias acallaron al feliz silencio.

Quizás no exista la incomprensión —se dijo—, quizás el mundo no se encuentre sino lleno de insensibilidad. Cuántos atardeceres perdidos... ¡cuántos!

Ciudad de Guatemala, 21 de julio de 2013 (McCafé, carva de casa)

¿Qué hay tras el silencio?

Saludas. No hay respuesta. Quizás escape a tu experiencia, o se trate de un descuido, que sepas que quien pasó a tu lado en silencio también tiene deudas, padece de migraña, sufre depresión, tiene un trabajo mal remunerado, sus hijos son unos malcriados, tiene dolor de estómago, sus amigos resultaron falsos, ha recibido poco consuelo, todo le angustia, sufre agorafobia, le zumban los oídos, le duelen los pies, es intolerante a la lactosa, le dejó el novio, el cónyuge le engaña, la violó una persona de confianza, le atormenta el remordimiento, se le murió el padre, se le murió la madre, sufre incontinencia urinaria, se le quemó el desayuno, le dejó el bus, detesta el ruido, le aprietan los zapatos, su padre es alcohólico, sufre de halitosis, lo despidieron, le extrajeron las muelas cordales, le enfada el calor, tiene gripe, le duelen los juanetes, le atormenta el reflujo gástrico, lleva prisa (mucho prisa), tiene un pago de hipoteca atrasado, el límite para pagar la tarjeta de crédito se le ha vencido, compró un seguro que no asegura nada, tiene los ojos irritados, tiene resaca, lo echaron del club deportivo, sufre dolor de espalda, se le murió el perro, se le murió el gato, se le acabó la plata, su madre no le ama, le salió caro el almuerzo y todavía tiene hambre, sufre de hemorroides, no durmió bien anoche, le acaban de anunciar que es seropositiva (y a él también), es paranoico o, simplemente, pretendía asaltarte... y cambió de opinión.

Ciudad de Guatemala, 17 de julio de 2013 (McCafé, cerca de casa)

Una historia del fin del mundo

La calle enmudeció (el viento). En la distancia, el monótono anuncio seguía sonando a través del altavoz del camión del chatarrero. La grabación se repetía una vez, y otra, y otra...

En las casas... silencio. Ningún televisor, ni aparatos de radio, ni siquiera el aleteo de un pájaro o el zumbido de una abeja. Felicidad. «¡Al fin!», pensó. El camión del chatarrero no se movía. La grabación repetía una y otra vez el anuncio. Permaneció inmóvil y en silencio unos segundos, para asegurarse de que había

acontecido, de que al fin había sucedido. Silencio, más silencio. En cualquier momento, los sobrevivientes saldrían de sus casas, de sus autos, de los edificios, de las bocacalles.

Entonces, el camión recolector de chatarra empezó a moverse; unos hombres mugrientos bajaron de él. Escuchó risotadas y palabrotas. Se le acercaron, su mirada torva lo asustó. Se hacían señas obscenas mientras avanzaban a lo largo de la calle que volvía a llenarse de ruido.

Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y siguió caminando. Al llegar a la esquina vio cómo se alejaba el autobús. Todavía era temprano en la tarde.

Ciudad de Guatemala, 26 de julio de 2013 (restaurante Fu Lu Sho)

El Portalito

El vaho cervecero se enrosca en las notas de los cantores de la tarde, y el murmullo les cierra los ojos a las páginas que de tanta y tanta rubia duermen en la bolsa. Marco Antonio Flores, Isabel de los Ángeles Ruano, Luis Cardoza y Aragón y César Brañas se sientan a la izquierda. Se asoman las papas con mayonesa y «¡gracias, vos, papa, cómo sos de bueno con nosotros», repite la legión hecha hombre que a la derecha se enfunda en su saco de poliéster, taburete en el culo, mastica que mastica, bebe que bebe a la rubia chiboluda. «¡Ensalada!», y las piernas vuelan y vienen y van las mujeres en carrera. «Chilito pa' qué te quiero!», y gracias... Salen dos micheladas, y alguien grita a la derecha («¡bravo!»). «Quiero mis sueros sin sal, y me debés una chibola». Y todo con mucha prisa, que la cerveza se calienta. «¡Que se nos haga sangre y que vivamos mucho!» (primero Dios). Madre, no me traiga de morcilla, que no como de esa cosa; yo pedí de revolcado. Y se desenrosca entonces la tarde, y los libritos comprados a cinco pesos en el Centenario se levantan de su banco, y ¡vámonos, pues, que siga la tarde en otra parte!

Ciudad de Guatemala, 2 de agosto de 2013 (bar El Portal, Centro Histórico)

Florece la vida

Él era un niño nada más, pero aprendió a ser un hombre de gatos. Y su padre... él era aprendiz de hombre que se sentaba a ver a la vida crecer en cualquier parte. Aquellos gatos que orinaban en el zaguán de la casona ya no lo hacen más.

Gatos de mil colores cruzan hoy frente a la nueva y vieja casa, y los perros les ladran y olisquean el aire, mientras el hombre que ve a la vida crecer se enfurruña porque la gata ha vuelto a mearse en el mismo lugar. Pero ¡vaya, qué le vamos a hacer! Si no fuese por estos gatos, por tantos dichosos, y a veces tristes, pero siempre andariegos gatos, ¡qué aburrida sería la vida de los perros!

Y él siguió viendo a la vida, y la vida creció, y la vida floreció, y se hizo eterna en cada pez, en cada perro, en cada tortuga... y en cada gato que pasó volando frente a su casa, sin importar donde estuviera, frente a su vida, tal como vuela la Pelusa cuando el viento la impulsa.

Ciudad de Guatemala, 4 de agosto de 2013 (en casa, en mi escritorio junto a unos pocos poemarios)

Por la oscuridad hacia el silencio

Vago por la calle, le hablo y me responde:

«Desde el corazón al alma / nos vemos royendo nuestras propias ansias, / nosotros, los seres de la tarde aniquilada, / los del perdido otoño, los del viento, / los que llevamos nuestra vida / más atada a los cielos que a la tierra / y que vamos cantando, desde siempre, cantando».⁸

Y mis propias ansias roen en silencio a mis recuerdos, los que vuelven y vuelven hacia adentro sin cesar, en medio de esta ciudad, en el centro de esta cárcel de la que solo podré salir si me vuelco hacia ese silencio que también llevo por dentro.

Allá está, sentada en aquella butaca de aquellos años, en la penumbra de aquel cine, sin ocultarse

de las miradas, viendo hacia atrás, hacia mí, sin pensar más que en lo que habrá de escribir en otra tarde de secretos. Me mira, sonrío. Su rostro no cambia, y solo me dice ahora, cuando los años, inútiles, han pasado:

«Esta sensación de vivir, / esta angustia / que vuela / con el fuego, / esta fogata que me envenena / todo esto sin salida».

Y escapo de la oscuridad a la claridad de un cuaderno, y mientras las lágrimas ruedan sin esperanza de libertad, sin el alivio de la vesania, solamente transcribo sus palabras, esas que me dicen:

«Estas manos mías saben mentir / y son urgentes. Me han dado la pasión sublime / y la ternura de un ángel de luz».

Y quisiera abrazarme a sus manos y dejarme caer a su sombra y no ser, no ser más este esbozo de humanidad, este intento de alguien, esta charada que lleva un nombre que me hace volver en las calles y ver hacia atrás, en donde veo gente que me mira y me apunta, y ríe y se solaza con mi humana desgracia. Entonces le pregunto: ¿qué hago, qué hago para verme al espejo y no reconocermé más? Y ella responde:

«Me enredé entre mis sombras / y dejé de entenderme con los otros. [...] // Yo vengo del dolor que vibra en la locura / y del llorar sin límites a solas / y como un Van Gogh de fuego / penetro a la orilla del río / en donde toda la vida se sintió sin destino».

Ciudad de Guatemala, 11 de agosto de 2013 (amanecer en casa de mi madre)

Apatía

Una mano le sostiene la frente. Las pisadas suenan como el segundero del reloj perdido (recuerda que el tiempo no existe). La hoja estrujada se marchita con toda su reticencia sobre la mesa. Los murmullos se elevan con el calor desde las islas que pasan a mi lado.

⁸ Los versos pertenecen a Isabel de los Ángeles Ruano, poetisa guatemalteca, y fueron tomados de *Los del viento*.

El dinero viene y va. No se necesita. El dinero solo es un amo cruel que obliga a sus esclavos a creer que sin él morirán de hambre. Y morir de hambre podría ser bueno para algunos en días así. Es bueno cuando el día es caluroso. Sin embargo, se acerca el otoño.

(Dime, madre, por qué las debilidades de nuestra humanidad nos angustian, y a ellos, los piadosos falsos, no parece afligirles su meloso actuar lleno de malas intenciones. Dime, madre, por qué cuando la angustia nos embarga nos hacemos daño a nosotros mismos. Dímelo, madre, si acaso lo sabes).

Esta mano no escribe más. Espera. Porque la existencia transcurre y ayer es hoy, y mañana... ¿acaso llegará?

*Ciudad de Guatemala, 27 de agosto de 2013
(restaurante Fu Lu Sho, Centro Histórico)*

Fuga de ideas

El insomnio es la cura. El insomnio cura la apatía y nos devuelve al lecho de la infancia prohibida. La infancia truncada por los deseos que se convirtieron en una bulímica vesania que vomita y vomita toda la noche.

Esos vómitos son grises, y están rodeados de penumbra. En las sombras se esconde un niño que se mira en el espejo, y no es... y es quien no vuelve, y vuelve, y la reiteración onírica abre un camino entre el delirio y la cordura, esa cordura llamada insomnio, porque no es otra cosa que ideas fugaces. La fuga de todas las ideas.

*Ciudad de Guatemala, 4 de septiembre de 2013
(sentado en una acera, colonia Labor)*

Galletas de gallinita con ojito de rosicler

Jugueteaban en la lata, como en un patio andorreaban, desde el cristal me observaban con su ojo de rosicler.

El tiempo se agota; escriben que el tiempo se agota. Se agota el tiempo para ellos y para mí no

se acorta. Sigo sumergido en la gota de tiempo, y esta no es.

Aroma de tienda, el olor de la harina se esparce en la tarde, y mi niño abraza a una gallina que lo mira, quieta, que lo ve, atenta, con su ojito de rosicler.

Estos que escriben y cuyo tiempo se agota se adhieren a las cosas que no son eternas, ¿para qué aferrarse a todas ellas si habrán de dejar de ser? Mientras su tiempo se agota, a ellas se aferran, a sucio rastrojo, al tamo, al polvo, a lo que veo y sin embargo para mí ya no es.

Mi niño canta en la tarde lluviosa, abre la caja azul de latón y coge una a una con sus manitas a las galletas de gallinita con su ojito de rosicler.

*Ciudad de Guatemala, 9 de septiembre de 2013
(restaurante Fu Lu Sho, Centro Histórico)*

La fe perdida, la fe encontrada

Los amaneceres vienen y van. Enseñan paciencia. El rosa del despunte de las mañanas se viste de incertidumbre. Quieres dormir, dormir y nunca despertar. Has escrito cartas con dolor y angustia para que entiendan que también tú, a pesar de lo dicho y lo aparente, eres humano. Quizás más de lo que imaginan. Y, sin embargo, tus gritos solo dejan un rastro de eco vacío en el aire.

Has confiado demasiado en quienes con discursos vacíos intentan convencerte de que nunca harán nada que te aleje de quienes amas con los colores de las experiencias que no se pueden hallar a flor del suelo. Has confiado demasiado en quienes hacen cosas malas que parecen buenas.

El amanecer te dice que debes esperar. Que aunque has blasfemado y te has herido en el juego de la conmiseración, debes levantarte y convencerte de que no estás solo. Buscas justicia, pero no la hallas.

La fe no se pierde de la noche a la mañana, pero a veces se pierde patada a patada, varapalo a varapalo, desilusión a desilusión, bofetada a

bofetada, mirada altiva tras mirada altiva. Sin embargo —piensas— quizás se pueda recobrar gracias a una sonrisa desde lo alto.

Ciudad de Guatemala, 27 de septiembre de 2013 (en casa antes del amanecer)

Ella no sabía ni siquiera cantar boleros

Ella mentía con la ingenuidad y la torpeza de los niños. Se conmovía hasta las lágrimas con sus propias desgracias y atravesaba descalza las calles de la edad en que la vejez se esconde en medio de las gotas que caen del cielo.

Ella se sabía una vieja joven que no podría cargar con sus propios huesos. Por las mañanas, tragaba píldoras que le ayudaban a recordar que la noche volvería.

Quizás hubiese sido mejor para ella parecerse más a *la Estrella* de Guillermo;⁹ quizás hubiese sido más noble su recuerdo, pero ella no sabía ni siquiera cantar boleros.

Ciudad de Guatemala, 13 de noviembre de 2013 (restaurante Fu Lu Sho, Centro Histórico)

Las horas de mi madre

«Quisiera comer algo de lo que me dieran muchas ganas», dice mi madre.¹⁰ Atrapa a la mesera y le habla de los días cuando desde el Teatro Capitol caminaba al bar El Portal con sus amigos músicos.

«Solo una vez me emborraché en mi vida, nunca me gustó el guaro», me dice con gran seguridad; y mientras tanto, la mesera apunta con la mano derecha hacia la pared junto a la cual está la mesa donde se sentaba Miguel Ángel Asturias, y en la contigua, asegura la mujer, se sentó el Che.

Las palabras de mi madre me hablan de los cucuruchos de maní que Asturias le compraba a mi abuela. «Hola, Menchita», decía el escritor,

y de allí, de la tienda de mi abuela, enfilaba hacia el Diario del Aire.

Un desayuno con mi madre. A solas. Almuerzo del revolcado que tanto nos gusta a ambos. La vida es nuevamente nuestra, con nuestras eternas riñas bobas, y sus palabras, nuestros recuerdos que son solo nuestros y de nadie más, aquellos que nadie conoce y que son incontables, nuestra extraña felicidad de memorias que poco a poco se disuelven en el tiempo, en los años, con las horas de mi madre.

Ciudad de Guatemala, 13 de diciembre de 2013 (Café Chocolate y bar El Portal, Centro Histórico, con mi madre)

.....

Acerca del autor. Julio Santizo Coronado nació en la ciudad de Guatemala en noviembre de 1965. Cursó el bachillerato en ciencias y letras en la Escuela Experimental y de Aplicación Mirón Muñoz, adscrita a la Facultad de Humanidades de la Universidad Rafael Landívar (1981 – 1982). Fue piloto aviador estudiante y piloto aviador privado durante su adolescencia (1982 – 1984). Estudió en Alianza Francesa de Guatemala (1984 – 1986). Se desempeñó como telefonista y operador de télex en un hotel, maestro de secundaria en un liceo para niñas y como corrector de pruebas en una agencia de publicidad durante su juventud (1985 – 1988). Trabajó para el Ministerio de Educación de Guatemala y para la Fundación para la Promoción de la Educación Rural en Centroamérica, Funeduca (1988 – 1996). Estudió Letras en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala (1989 – 1993). Trabajó como corrector de textos y diseñador para el Centro de Documentación e Investigación Maya, Cedim (1997 – 1999) y como revisor de estilo y de pruebas, editor auxiliar y redactor en varios periódicos guatemaltecos durante 12 años (1999 – 2011). Ha sido corrector independiente y editor; ha revisado trabajos literarios y de otra índole para casas editoriales, autores independientes y revistas. Está retirado, pero colabora desde 2013 con Editorial Santillana.

.....

⁹ Alusión a la Estrella (Estrella Rodríguez), personaje de la novela *Tres Tristes Tigres*, del cubano Guillermo Cabrera

Infante (1929-2005), uno de cuyos capítulos se titula 'Ella cantaba boleros'.

¹⁰ Amalia Leticia Coronado Castellanos (1930-2015)

**Títulos del autor por
Ediciones del Jazmín**

Poesía incompleta

(rústica, dos ediciones, agotado)

Poesía incompleta

(3ª. edición revisada, gratuita)

Relatos para la pira

(rústica, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(rústica, 1ª. edición, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(2ª. edición revisada, gratuita)

Palabras del agua y de la mar

(edición gratuita)

Todos los relatos para la pira

(revisión de **Relatos para la pira**)

Noviembre y otros cuentos

(edición gratuita, por entregas)

Poesía innombrable

(edición gratuita)

Pequeño diario para una madre dormida

(edición gratuita)

Las horas de mi madre

(edición gratuita)

.....

«Escucha, hijo mío, la disciplina de tu padre, y no abandones la ley de tu madre. Porque son una guirnalda de atracción a tu cabeza y un collar fino a tu garganta».

Proverbios 1:8, 9
(Traducción del Nuevo Mundo)